

Clínica de la desterritorialización

Nora Barugel

Los adolescentes se alteran cuando se los aparta de sus tribus, de sus modas, de sus horarios. Esto nos muestra que ellos tienen necesidad de sus lugares de pertenencia, las zonas dentro de las que se mueven y a las que sienten territorio “de ellos”, donde no entran ni los adultos ni los niños. En el otro extremo, la gente mayor, como es sabido, se resiste de a poco pero con tenacidad a ser trasladada a nuevos lugares. Ellos se perturban enormemente si tienen que pasar a estar fuera de esa su zona de vida, y buscan quedarse en su hábitat.

Por otro lado, el sufrimiento en las personas que pasan por experiencias migratorias también pone en evidencia el peso que adquiere la salida de su lugar de pertenencia, y se nota el padecimiento que ocasiona ese cambio.

Asimismo, en nuestra profesión de psicoanalistas, los cuestionamientos de algunas teorías generan resistencias, -salvo que pasemos rápidamente a enrolarnos en la nueva teoría de moda. Es que siempre un posicionamiento corre el riesgo de reificarse, convirtiéndose y funcionando, así, como ideología.

Estos observables dirigen nuestra atención a poder precisar, en nuestra clínica, de qué manera ciertas conceptualizaciones relacionadas con el transitar desde un territorio hacia espacios que transcurren por fuera de este, pueden acompañar al analista en el trabajo con algunos de sus pacientes. En especial, aquellos que se adhieren a un lugar de vida ó a los que padecen en grado sumo al haber salido de ese lugar.

Tomemos el caso de un joven paciente en el que la resistencia a abandonar su territorio se hizo muy notable. Pero con una particularidad: el territorio que no debía ser dejado era en este caso, su propia persona. Era sumamente retraído y silencioso, al punto que muchas veces yo no lograba enterarme en lo absoluto de qué era lo que le preocupaba, lo que le interesaba, nada. Tanto que cuando finalmente se comunicaba yo me sorprendía al ver la cantidad de cosas que le habían ido sucediendo en el interín, sin que me las hubiese podido contar, como por ejemplo el haber terminado la relación con una novia de quien hacía tiempo se quería separar. Era como si ese lapso de tiempo había pasado sin que él y

yo hubiésemos tenido contacto de ningún tipo, como si él se ausentase y además no le sorprendiese de hecho para nada la falta de contacto entre ambos durante ese lapso. Pero era evidente al mismo tiempo que esa modalidad le causaba enorme sufrimiento.

En su adolescencia, se encerraba en su cuarto en absoluto mutismo, y cuando lo comencé a atender lo que me habían transmitido sus familiares era que supuestamente estaba pasando por un período de gran depresión.

Transcurrido un tiempo de tratamiento, lo que pudimos ir estableciendo fue otra problemática: la salida de su interior mismo, como si se tratase concretamente de un territorio, era altamente resistida. Expresarse era sentido como salir de sí, y nada podía salir de él, ni siquiera las palabras. Esto se traducía en una incapacidad de ser activo, expresarse, hablar, pedir. Este rol era, en cambio asumido por su madre que hacía todo el trabajo por él: ella era la que se ocupaba de ser activa, expresarse, hablar, pedir, en lugar de él. A él había que adivinarlo, y, como lo hacía en el pasado su madre, en el análisis, ese papel debía ser tomado por mí. Eso era lo que se esperaba de mí.

Pero además de parapetarse tenazmente dentro de sí mismo, lo que fuimos entendiendo era que este joven tenía pánico de qué iba a ser de él de hallarse viviendo fuera de ese el territorio que era su propia persona y, al transitar por el afuera, pasar por la pérdida de sus límites seguros para quedar expuesto a una falta de piel, de contención. No debía existir ninguna solución de continuidad entre él y el exterior, que lo pudiese exponer a poner un pie en ese exterior terrorífico. Esto se notaba también con el pánico que sentía cuando por algún motivo, le tenían que extraer sangre. Llegaba entonces a llorar de terror. La situación que se creaba se asemejaba a cuando se resistía a que le extrajesen palabras de dentro de él mismo y salir así de sí, derivando hacia un exterior temible.

Como éste joven paciente, muchas personas no sólo no quieren salir de su espacio, sino que una vez que salieron, sienten desasosiego, desconcierto y zozobra puesto que no toleran la vida fuera de él. En este trabajo me voy a ocupar, desde la clínica, de qué es lo que sucede con esa vida fuera de un territorio, en base a la problemática de la desterritorialización, un concepto que propusieron Gilles Deleuze y Félix Guattari. En principio puede decirse que la desterritorialización es el movimiento por el cual se deja el territorio. El movimiento se da cuando una función territorializada adquiere suficiente independencia como para formar ese desplazamiento. Es la operación de lo que ellos llaman la línea de fuga.

En tanto se trata de un movimiento del deseo inconsciente, los autores describen este proceso diciendo que es como si alguna cosa nos llevase en dirección de un destino desconocido, no previsible, no preexistente. Se lo puede pensar como constituido por

fuerzas que se proyectan hacia el afuera, de manera no dogmática y abierta, engendrando, en su dinámica, sus propias fugas, expresión misma del deseo. Así, la desterritorialización pasa a ser la apertura de nuevos rumbos. Está compuesta por una serie de enlaces y proyecciones que operan conectando dimensiones diferentes de maneras imprevistas, que no se articulan por una “cadena de razones” racionales, sino que se sostienen por un filamento, uno que vincula diferentes piezas heterogéneas. No constituye verdaderamente un sistema, no tiene una configuración lógica, ni está formado por posiciones estructurales. Es, desde esta perspectiva, que lo podemos pensar como algo que no es ni un lugar ni un tiempo definido, que no es un territorio en absoluto, sino que se trata de un momento, un estado.

La desterritorialización en la clínica psicoanalítica

¿Por qué resulta para nosotros de interés investigar este concepto que, entre tantos, proponen Deleuze y Guattari? Es porque siendo que el logro del movimiento que hace posible la salida de un territorio tiene importantes proyecciones en la vida de una persona, debería ser pensado como un aspecto a ser tenido en cuenta en los análisis. De hecho, si prestamos atención, las problemáticas clínicas vinculadas a estar marchando por un lugar de pasaje se manifiestan muy frecuentemente en nuestros consultorios. Es que cuando abordamos el estado de desterritorialización desde el punto de vista del psicoanálisis, si bien nos encontramos con que aparecen una serie de ansiedades, vemos que también se trata de un estado que puede interesarnos porque genera una posible apertura en los pacientes hacia la transformación, en suma, al cambio psíquico, que como analistas tanto nos preocupa y nos interesa lograr. Esto se debe a que junto con las inevitables zozobras que genera el pasar por un estado de desterritorialización, surgen otras emociones, como por ejemplo un sentimiento de anhelo, una sensación de júbilo, al ir al encuentro de lo nuevo, ante una apertura a la aventura. Este estado de tránsito es lo que, a su modo, Julio Cortázar describió en su libro *Los Autonautas de la Cosmopista* ó lo que Jack Kerouac plasmó en ese manifiesto beat que fue *En el camino*. Estos dos escritores nos hablan de la salida de los territorios conocidos para adentrarse en una ruta que puede llevarnos, a veces, a lo novedoso, lo inesperado.

Ahora bien, para comenzar a pensar en lo que ocurre en nuestros consultorios podemos preguntarnos por qué un paciente como el que acabo de mencionar podría verse interesado por lo que podemos considerar como una verdadera desterritorialización de sí mismo. Es decir, salir de su territorio para adentrarse en algo que le resulta tan aterrador. ¿Cómo enfrentarnos en nuestra clínica a una situación que conduzca a una desterritorialización si ésta conlleva en sí misma, como vamos viendo, un monto

importante de padecimientos y dificultades? Resistir, ¿no implica de alguna manera mantenerse en un territorio? Una posible respuesta yace en el hecho de que lo que observamos en nuestros pacientes es que el habitar un territorio, que por un lado es un ámbito que brinda seguridad, tiene su contrapartida: si se lo intenta ocupar de modo permanente, pasa a tener la particularidad de que puede derivar en un resguardo que restringe, convirtiéndose en un espacio no fácilmente vivible; en ese sentido, se puede pensar que se constituye para no ser habitado de forma constante. Es en realidad una zona difícilmente aconsejable como lugar permanente de vida.

Se esperaría en cambio que el territorio configure un espacio de vida transitorio, puesto que el instalarnos demasiado en él nos llevaría a la detención del impulso vital. Por ejemplo, se puede transformar peligrosamente en lo que John Steiner denomina un refugio psíquico, un lugar donde la persona queda atascada, coartándose así su posibilidad de desarrollo ó de cambio. De hecho, cuando el sujeto se estanca en un territorio, aparece el peligro de una territorialización cosificante. De modo que hay territorios de los que necesitamos alejarnos. En los pacientes, el empobrecimiento de la subjetividad es uno de los indicadores de que se están instalando en territorios de los que necesitan retirarse. He aquí una de las situaciones en que adquiere importancia en la clínica el concepto de desterritorialización, y que en este caso se relaciona con problemas de identidad en los que el paciente padece de su necesidad de permanecer eternamente resguardado aún sabiendo que no “vive la vida”.

Es desde el punto de vista de la ruptura de un estado de cosas fosilizado en ciertos pacientes, que se puede entender que la angustia que se genera ante el abandono de un territorio, está mezclada con un cierto componente de atracción ante la posibilidad de poder salir de la prisión de un territorio cosificante, incluso de ese tipo de territorio que es el que se configura con la ilusión de la propia identidad. De hecho, la desterritorialización es una salida que rompe con la identidad puesto que se llega a una desaparición de la certeza de la centralidad en el sujeto. Mediante ella se accede a veces a la posibilidad de poder liberarse de las formas constituidas, establecidas. Es más, se va cambiando de naturaleza, ya que este pasaje no implica ninguna recuperación del equilibrio afectado. Esto se debe a que es un estado que se sustenta en abrir nuevos espacios, escapar de su campo asignado, modificar los hábitos. Es por eso que este proceso transcurre en los análisis con la aparición de un fuerte sentimiento de extrañeza, puesto que se provoca algo del orden de la ajenidad. En los pacientes, expresiones como “*me siento descolocado*”, “*no sé donde estoy parado*”, “*algo cambió*”, son manifestaciones que denotan el tránsito por ese estado, que tiene un efecto de tipo *unheimlich* (salida de la casa, de la familiaridad, del territorio), ligado a un sentimiento de

extranjeridad.

De todos modos, las dificultades, los obstáculos, las penurias, al transitar por el estado de desterritorialización, son un observable en nuestros consultorios y con ellos deberemos trabajar. Así, sabemos del padecimiento que surge en los pacientes ante un estado de desarraigo: cuando se sale de los lugares de seguridad en los que solemos movernos, brotan fuertes sentimientos de vulnerabilidad, de desamparo, de perplejidad, de desasosiego y de zozobra.

Por ejemplo: Norma es una paciente que ha migrado de un país cercano y está pasando por un estado que ella llama “de ni aquí ni allá”. Pero simultáneamente, está en un momento en el que está replanteando toda su identidad, en un proceso analítico que la está llevando a una revisión de muchas de sus pautas de vida y valores previos. Esto la expone a ansiedades que por suerte, vuelca en una rica vida onírica. En una sesión me dice que tuvo una pesadilla:

Ella estaba recién llegada a Buenos Aires, y se encuentra con una amiga que va a irse a vivir a Londres. Suben juntas al subte... ó a un tren, no se sabe, para ir a la escuela de las hijas de la amiga, y asistir ahí a un acto que les hacían como despedida. Ya en la estación de tren, la confitería de estilo que solía haber allí había cambiado, y era ahora un bar moderno, pop, con dibujos psicodélicos en las paredes y las columnas, coloridos y metalizados, que giraban y que iban cambiando, como un caleidoscopio. La amiga dice que ese bar no le gusta, pero Norma piensa que a ella sí. El tren arranca, pero, para sorpresa y disgusto de Norma, sin ella haberlo notado, la amiga se había bajado a último momento. Norma sigue viajando sola, sin saber donde se tiene que bajar ni como se llama el colegio. Todo es inquietante: el idioma que habla la gente no es el de ella, no se ponen de acuerdo. Finalmente una mujer parece entenderla y le indica, sin mucha seguridad, la estación en la que se debe bajar y el nombre del colegio. Norma descende del tren, sin mapa ni idea de la ciudad, ve un colegio, no sabe si es ese, todo es muy confuso y turbador, y, ¡lo peor es que tampoco sabe cómo volver a su casa ni dónde está! -¿Por qué salí sin mapa y sin más indicaciones?”- se pregunta.

Durante un tiempo, trabajamos con las ansiedades en relación a su estado de extranjeridad actual y lo que de eso se reflejaba por ejemplo en la pesadilla. Pero también con su impresión de estar al fin y al cabo transitando por una etapa que es un desafío y que es de una indudable riqueza para ella. Poco tiempo después, me comenta que tuvo un sueño, que ya no era pesadillesco, si bien tenía cosas semejantes al que me había relatado anteriormente. Pero que en algo era de alguna manera, distinto, pero no solo porque era más tranquilizador, sino porque aparecían situaciones con las que nunca

antes había soñado:

Va a hacer algo... Toma un colectivo que la deja cerca, pero entonces no encuentra la calle a la que debía ir. Tampoco ya sabe a qué fue. Está con un paraguas cerrado en la mano –es un paraguas roto, por lo cual no la protegería del agua si lloviese- ¿Se volverá? ¿Sigue? ¿A dónde? Pasa velozmente un colectivo, ella está en una calle sin vereda y el colectivo casi la roza peligrosamente. Para evitarlo, debe meterse en una entrada de garaje. Luego, se encuentra en una calle que tiene negocios precarios, donde se venden artículos importados. Extrañamente, la calle está totalmente ocupada por el barco que transportó los artículos de importación. A la derecha están las tiendas y su vereda y a la izquierda otra vereda que da a la salida. El lugar es peligroso, y unas chicas más ó menos conocidas le dicen que se vaya de ahí, ¡que ese lugar es como Ruanda! (aludiendo a que es muy peligroso). Norma comienza a irse, pero se le aproxima y comienza a ir con ella un hombre con malas intenciones, que le habla en una mezcla de francés y un dialecto africano. Pero se acerca otro hombre de su nacionalidad, que la protege y la acompaña a la salida. Norma le agradece y se va.

La paciente me dice que lo distinto era que el hombre de su misma nacionalidad la protegía. Entonces rescatamos que ya en el sueño anterior también aparecía una persona que la auxiliaba, parecía entenderla, y le indicaba, aunque sin mucha seguridad, la estación en la que se debía bajar y el nombre del colegio.

En estos sueños, la migración, sentida como un estado de desterritorialización, es vivida como un *des-tierro*, un *terror*. La paciente expresa repetitivamente en ellos el impacto que experimenta al pasar de lo que era su tierra, su territorio, a este nuevo estado que está experimentando en la actualidad. Se trata aquí de la desterritorialización sentida como algo angustiante, en tanto que expone al pasaje por un “no-lugar”, tal como ella lo denomina. Ante esa situación, sus elementos de protección son endebles, tal como lo expresa el paraguas roto que lleva en la mano, y que, ante una lluvia, no le brindaría resguardo. Norma busca, pero no sabe qué, ni dónde ó cómo encontrarlo.

Además, esta angustia está de alguna manera vinculada con una sensación de ser desplazada, como aparece señalado con el colectivo que la obliga a correrse a la entrada de garaje. Si bien intenta ensamblarse en las nuevas organizaciones sociales –las tiendas de importación, el barco- sin embargo, en un primer momento termina desplazada de los nuevos espacios, que se presentan ante ella como extranjeros y peligrosos. Son dislocaciones que delatan el establecimiento de leyes que de momento le resultan incomprensibles, por lo que su búsqueda de un lugar estable para ella resulta por ahora infructuosa.

Muchas veces estos migrantes dejan atrás sus usos y costumbres, rompiendo el nexo con su región de origen, transitan no solo por lugares de paso, sino por todo un sentimiento de transitoriedad, hasta que luego van adoptando nuevos hábitos y formas de vida, más vinculadas a los lugares donde ahora pasan a residir. En el Ulises mítico podemos apreciar un ejemplo de los avatares de la desterritorialización que padece el héroe. Ulises es el prototipo de la figura del migrante, del viajero, que no está en su tierra y que siempre anhela retornar al hogar. Pero que cuando lo hace, regresa convertido en otra persona a raíz de las experiencias que vivió.

Un ejemplo paradigmático de la situación de desterritorialización enfocada desde la clínica es el de la salida del territorio de vida en el que se alojan los adolescentes hasta un determinado momento. En esta etapa, el tránsito por el estado de desterritorialización es el desencadenante de muchos motivos de consulta. A diferencia de lo que sucede en etapas previas, ahora sí, los adolescentes recurren por ellos mismos al analista en búsqueda de ayuda. Por ejemplo, muchos motivos espontáneos de consulta aparecen cuando ellos están por terminar el secundario. Ya sea por la salida del grupo adolescente que se sostenía desde el colegio, ó por el cambio de todo el grupo de compañeros, es este un momento que expone al desarraigo, y muchos sienten esta etapa como un ir a lo incierto, hacia algo ignoto, hasta lo que la vida, la vocación, el azar, las posibilidades del entorno... los conduzca. Aparecen entonces las complicaciones: muchos adolescentes hacen de esa etapa un modo de vida y se convierten en verdaderos nómades, lo que, en menor medida se expresa por los típicos viajes iniciáticos, largos y precarios, con los que los jóvenes tratan de experimentar en esta fase de desterritorialización. Como contrapartida, algunos de ellos, eludiéndola, se instalan en una situación de adolescencia prolongada ó se trasladan prematuramente a la adultez.

Muchos jóvenes que consultan ansían llegar a la Universidad, como nuevo lugar en el que se encontrarán con otros grupos, y donde lograrán de esta manera hallar nuevos espacios para desarrollarse. Ya sea la Universidad ó la actividad que el joven termine eligiendo, se accede a nuevos lugares de pertenencia. Se llega a una reterritorialización y finalmente nuestro joven Ulises vuelve a Ítaca. Para ellos, la vida sigue con fuerza y las líneas de fuga que se desprenden del grupo adolescente, hace que afronten nuevos derroteros y caminos, es decir, un verdadero viaje en sí mismo. Pero hasta llegar a ésta nueva situación, el movimiento emocional es muy intenso. Y si bien este período de pasaje configura el momento de sufrimiento adolescente —el *adolescere*—, es también uno de los tiempos más emocionantes que le tocará vivir.

Sin embargo, es de señalar que en relación a esta etapa, muchas líneas teóricas explican

las ansiedades por las que pasa el adolescente centrándose y acentuando la temática del duelo por las pérdidas que éste sufre, tal como lo hacen Arminda Aberastury y Mauricio Knobel en su libro *El síndrome de la adolescencia normal*. Dicen que éste debe elaborar el duelo por la pérdida del hogar, por la pérdida de los padres de la infancia y de la identidad infantil, ó señalan que los cambios biológicos de la pubertad requieren del adolescente el elaborar el duelo por el cuerpo infantil perdido. Es así como en este caso se da mucha importancia a los procesos de elaboración de duelos y de identificación que haya podido realizar el adolescente: se considera que en la medida que haya podido elaborar esos duelos, el proceso de pasaje por las etapas puberal y adolescente será menos conflictivo. Pero estas lecturas ignoran la visión de este momento del adolescente desde una mirada que se ubique desde una lógica afirmativa, puesto que en él no todo es pérdida y duelo. De hecho lo que siente el joven es que aún con ansiedad y temor, se embarca en una aventura que lo lleva a lo nuevo.

Más aún. La postura teórica que ubica el énfasis de la problemática en la teoría de los duelos es más abarcativa, puesto que se extiende a cómo se encara el trabajo analítico en general. Desde el análisis clásico, se aborda la situación clínica desde una lógica de lo negativo, de la falta. Se trata de una concepción arqueológica del psicoanálisis, vinculada a la memoria; una concepción conmemorial, conmemorativa o monumental, según lo señalan Deleuze y Guattari.

Entonces cuando, desde un punto de vista psicoanalítico más tradicional, se piensa en qué sucede con un paciente que se desprende de un lugar que siente como propio, y pasa por situaciones de desterritorialización, se aborda el tema desde lo que se refiere a elaborar situaciones de pérdida. Por ejemplo, se enfatiza lo que tiene que ver con la pérdida de la familia de origen, del hogar, de un hábitat, de una identificación, etc. etc.... Se acentúa la problemática vinculada a la búsqueda de un objeto supuestamente faltante en la constitución subjetiva.

En cambio, Deleuze y Guattari nos hacen voltear la mirada a otras posibilidades: lo ven más a partir de un punto de vista positivo, a partir de una lógica afirmativa, desde una concepción del deseo al que, como dice Deleuze, no le falta nada. En su libro *Crítica y clínica*, en el artículo *Lo que dicen los niños*, dice Deleuze que en el psiquismo, de lo que se trata es de la creación de caminos sin memoria y que esto remite a explorar unos medios, mediante trayectos dinámicos, con devenires. Dice que lo que el pequeño Hans está reclamando es salir del apartamento familiar para pasar la noche en casa de la vecina y regresar a la mañana siguiente: el edificio de la casa de vecinos como medio, el impulso a explorar el edificio. De modo que podemos pensar que esta exploración no es

la evidencia de una pérdida, sino de un deseo, positivo, en el que las fuerzas de la vida nos llevan a afrontar nuevos derroteros.

Ahora bien, siendo que las ansiedades ante este pasaje por la desterritorialización son tan intensas, una cuestión que se nos plantea es qué aspectos en estos análisis son los que animan a los pacientes y a los analistas a tomar riesgos, de manera de poder transcurrir por esta etapa. Se diría que así como desde nuestra disciplina, solemos incluir en la clínica factores como la tolerancia a la ausencia, la tolerancia a la ansiedad ó la tolerancia a la frustración, incluso la tolerancia a la duda ó al infinito, al incluir en el trabajo clínico la problemática de la desterritorialización, podemos tener en cuenta en la actualidad nuevos factores. Estos tienen que ver con la tolerancia a la tensión que genera cierto contacto con el desorden, con la sensación de vulnerabilidad, con la incertidumbre, que genera el transitar por ese estado.

Por ejemplo, el sentimiento de incertidumbre en estos períodos de desterritorialización es omnipresente: -“*Voy, si, pero, ¿hacia dónde voy?*”- Puesto que no hay garantías. Es que la alternativa es que puedo ir hacia lo que Deleuze y Guattari denominan una reterritorialización fascista, ó que puedo ir hacia lo que ellos llaman una reterritorialización revolucionaria y creativa. La tragedia de la desterritorialización es el no haber nada que pueda avalar de antemano su éxito o su fracaso. Al respecto, las cosas son complejas. Esto se nota en lo que tan elocuentemente expresa Y. W. Yeats en parte de su poema *Pascua, 1916, cuando dice*:

Todo cambió, cambió totalmente

Una terrible belleza ha nacido¹

El poema se refiere a la sangrienta insurrección de Pascua de 1916 en Dublín. La “*terrible belleza*” alude a que los eventos tomaron el peor giro para los revolucionarios irlandeses, que fueron rápidamente asesinados en manos de los británicos. Pero esa estrofa también es una referencia al cambio que sucedió cuando los líderes fueron ejecutados, puesto que el efecto fue lo opuesto a lo pretendido, puesto que las brutales matanzas condujeron a una reinvigorización del movimiento irlandés republicano más que a su disipación. La línea

¹ *All changed, changed utterly*

A terrible beauty is born

Easter, 1916

Yeats

final de la estrofa habla de “belleza” puesto que describe a la gente de Irlanda mientras se agrupa y trabaja hacia la meta de la independencia; hay belleza en que finalmente la gente esté uniéndose y posicionándose por su amado país. Pero el nacimiento de estas personas unidas es “*terrible*” porque la lucha por la independencia inevitablemente causó una matanza y la muerte.

Pero además el poeta explora el proceso de transformación en sí mismo. La “*terrible belleza que ha nacido*” es en este caso la “*terrible belleza*” de la destrucción de todos los valores previos, relativos a una determinada civilización tal como la conocemos, en donde las personas se reinventan a sí mismas en un idioma nuevo o renovado, volviéndose así la experiencia en algo emancipatorio.

De esto se desprende que ante la situación de desterritorialización deberemos enfrentarnos a una paradoja: esta consiste en que por un lado experimentamos la necesidad de salir de la seguridad que brinda un territorio, aunque esto, por otro lado nos confronta, con un aspecto revolucionario por el que tendremos que transitar, con el sentimiento de incertidumbre y de desasosiego que este conlleva.

Así, si bien el de desterritorialización es un concepto que se sustenta en abrir nuevas vías, escapar a un ámbito asignado, modificar sus hábitos, esto sucede muchas veces de forma revolucionaria e intempestiva, y el paciente queda expuesto a los movimientos que portan esas líneas de fuga, que se infiltran por las brechas y las fisuras y horadan el orden establecido. Con la desterritorialización éste se deshace, se pasa a un estado en el cual sucede una desnaturalización que expone a un riesgo de desorganización. Por eso, el ejercicio de esta movilización requiere a su vez, en los procesos analíticos que tratan con ella, de la más grande prudencia, difícil de conseguir, a fin de evitar que este estado termine conduciendo a zonas de las cuales después no se pueda ya más salir. Estos peligros que acechan tienen que ver con lo que Deleuze y Guattari describen como líneas de fuga sin límite que se vuelven contra sí mismas. Por ejemplo, en su libro *Mil Mesetas* dicen que donde hay movimiento, hay potencialmente un devenir que afectará al territorio, ya abriéndolo al cosmos, ya llevándolo a una catástrofe (lo que en el lenguaje técnico de *Mil Mesetas* se denomina “agujero negro”). Las líneas de fuga mismas corren el riesgo de abandonar sus potencialidades creadoras para tornarse en líneas de muerte, líneas de destrucción pura y simple. Tenemos un ejemplo clínico de ello en la anorexia nerviosa que puede llevar al paciente a la muerte por inanición. Lo encontramos plasmado en el cuento de Franz Kafka, *El Artista del hambre*, y también, en cierta forma, en el de Herman Melville, *Bartleby ó el escribiente*, con su atroz y mortal fórmula, “*I would rather not to*” –Preferiría no hacerlo, que también lo lleva a la muerte.

Esta destrucción de valores no va sin un fuerte malestar, pero aún con las ansiedades y los peligros que acechan, no hay que olvidar que la desterritorialización nos abre una propuesta de cambio, que es la condición de una reinención de la existencia y que nos acerca a la posibilidad de la creatividad.

La clínica de la desterritorialización y la capacidad creativa

La teoría de la desterritorialización puede ser abordada desde otro aspecto que para nosotros analistas tiene interés, ya que nos permite indagar sobre la clínica de la creatividad.

Siendo que, como vimos, la desterritorialización puede ser considerada un movimiento por el cual se abandona el territorio, una operación de líneas de fuga, generalmente conlleva por ello una reterritorialización y un movimiento de construcción de un nuevo territorio. Entonces, se puede pensar a la territorialización, la desterritorialización y la reterritorialización (T/D/R) como procesos concomitantes.

Pero no se debe confundir la reterritorialización con el retorno a una territorialidad primitiva, o más antigua: aún cuando la desterritorialización estará casi siempre acompañada por una reterritorialización, y se acomodará en nuevos territorios, no existirá ninguna recuperación del territorio afectado por la desterritorialización, siendo que las coordenadas de los nuevos territorios no se asemejaran en nada a las de la tierra que se abandonó. No se recuperan el equilibrio ni la unidad perdidos, ni los desequilibrios provocados por las líneas de fuga, exigiendo una reinención, puesto que no sobreviven los códigos que la desterritorialización arrastró consigo.

Si cada acto de desterritorialización es a su vez un acto de reterritorialización en otro lugar, todos conocemos también los peligros de cambiar, simplemente, un territorio por otro. No se trata de una situación de repetición puesto que cada acto de desterritorialización suele ser a su vez un acto de reterritorialización en otro lugar; pero nunca hay puro escape o simple retorno al viejo territorio - tal es la fuerza positiva del concepto. En ese proceso de creación algo pasa a ser otra cosa y nada será igual; se va a una nueva territorialidad que remite al devenir y lo imprevisible. -El Ulises que vuelve a Ítaca ya no es el mismo que de ahí partió tantos años antes- en el trayecto sucede un devenir, con un ritmo, un movimiento. De esta forma, nuevos encuentros, nuevas funciones, son necesarios. Es que partiendo de la idea de que no todo está ya pensado ni dado, se hace posible que aparezca lo nuevo, posibilitando así que haya realmente creación y no acomodación a lo que era previsible.

De todos modos, no se debe caer en el extremo de creer en el “fin de los territorios” o en la fascinación por la movilidad, sino que vale la pena entender la riqueza que ofrece la multiplicidad de la T/D/R, de su devenir y de lo imprevisible de sus resultados. Esta es una

manera de, recurriendo al concepto de desterritorialización, pensar en la clínica el acto creativo: para que se cree algo nuevo es fundamental romper el territorio existente, y, tomando el camino de las líneas de fuga y de la desterritorialización, ir construyendo otro. Las líneas de fuga cargan con un poder de transformación, traen consigo un proceso, una dinámica de desterritorialización pero también de reterritorialización. Por un lado, de esta forma solamente, tolerando ese proceso y las dinámicas de des-re-territorialización, se haría lugar al acaecer de un acontecimiento. De ahí la importancia de las nuevas territorializaciones, ocupaciones, apropiaciones, reconstrucciones, habitaciones. Es una tensión que sólo puede satisfacer la intensidad de una acción creativa múltiple.

En la clínica, tanto la renuncia a la posesividad, como el revisar la tendencia a acomodarnos en lo ya conocido, nos pone en mejores condiciones para efectuar el pasaje de la territorialización a la desterritorialización y a la reterritorialización, puesto que, de alguna manera, usar un territorio - en lugar de poseerlo - , es dejarlo ir, a partir de fuerzas que estaban aprisionadas y formaban una reserva en demanda de actualización. Usar un territorio ya es desterritorializarlo, al reutilizarlo y rediseñarlo. De hecho, cualquier cosa que sea reutilizada, ya sea en otro lugar o función, pasa por el camino de la T/D/R: el palo que usa un niño para jugar al arco y flecha parte de una rama desterritorializada. El uso es otro nombre para el proceso de T/D/R. En otras palabras, la desterritorialización *decrea* lo que una territorialización anterior había creado, deshace lo que se hizo. Es un concepto eminentemente crítico, constantemente activo en operaciones tales como *decodificación*, *deconstrucción*, *defamiliarización*, *decreación*. Desterritorialización, entonces, es un proceso que libera algo de un contenido u otra cosa de cualquier código o marco, proponiendo nuevas líneas de fuga, proponiendo nuevas posibilidades de uso, que en este caso es una liberación y un uso imaginativo, lúdico. Se quiere dar cuenta de este modo del movimiento productivo de la vida misma.

Desde este punto de vista, una actividad artística como la de Marcel Duchamp está traspasada por la T/D/R. Se podría decir que sus ready-mades desterritorializan un objeto cotidiano, lo extraen de su territorio, reterritorializándolo como arte. De esta manera, un urinario pasa a ser una obra de arte.

La creatividad vinculada a la desterritorialización tiene que ver con lo que en otro trabajo denominé apropiación creativa: en el proceso de desterritorialización mediante el cual se deviene... otra cosa, el proceso es de apropiación de esa nueva cosa de forma creativa; es un acto de apropiación creativa. Así lo podemos pensar cuando Deleuze, en *Crítica y clínica* tan acertadamente dice que *“en lo que se refiere a la libido, aquello de lo que la libido se apropia, es la determinación del devenir, su potencia propia; no nos identificamos con el caballo, tampoco imitamos a tal caballo, sino que uno se vuelve un caballo, alcanzando una zona de vecindad en la que ya no podemos distinguir entre nosotros y aquello en lo que nos estamos convirtiendo. Desde el territorio, se transita, por una línea de fuga, por un proceso de desterritorialización que, en un devenir, se apropia de algo en un estado de reterritorialización”*.

Pero para todo ello, primero hace falta atreverse a emerger de los territorios, para posibilitar una salida y así animarse a transitar por las sendas de la desterritorialización. Tarea nada fácil como vamos sabiendo.

Bibliografía

Aberastury, A. y Knobel, M., *El síndrome del adolescente normal*, (1971), Paidós, Bs. As.

Barugel, N., (2013), *Apropiación e identidad*, Ateneo de APdeBA.

Burucúa, J. E. (1914), *“El Mito de Ulises en el mundo moderno”*, EUDEBA, BS. As.

Cortázar, J., (1983), *Los Autonautas de la Cosmopista*, Muchnick Editores, Bs. As.

Deleuze, G., (1996), *Bartleby ó la formula*, Anagrama, Bs. As.

Deleuze, G., (1996), *Crítica y Clínica*, Anagrama, Bs. As.

Deleuze, G. y Guattari, F. (1997). *Mil Mesetas*, Pre-Textos, Valencia.

Guattari, F., (1979), *Líneas de Fuga, Por otro mundo de posibles*, Cactus, Buenos Aires.

Kafka, F., (2012), *Un artista del hambre*, Casimiro Libros, Madrid.

Kerouac, J., (1989), *En el camino*, Anagrama, Bs. As.

Melville, Herman, (2008), *Bartleby el escribiente y otros cuentos*, Madrid, Valdemar.

Steiner, J., (1993) *Psychic Retreats*, Routledge, Londres.

Yeats, W. B., *Pascua 1916*, OC, Bs. As.